Amor y Esperanza

Periódico — Parroquial — Quincenal

Año V | Alhama de Murcia, Domingo 18 de Marzo de 1928 | Núm. 100

San José

Se lee en el Génesis que José, penúltimo de los hijos de Jacob, de tal modo halló gracia delante de Faraón, que le constituyó Mayordomo general de todos los bienes de sus estados, le nombró Virrey de Egipto, y le dió por esposa una de las princesas más nobles de su imperio.

Cuando llegaron aquellos siete años de hambre y carestía, predichos por el mismo José, y cuando el pueblo acosado por el hambre acudía a Faraón para que le diese el alimento necesario, les decía: *Id a José y él os dará lo que pedís.*

Imagen bellísima fué José, del casto esposo de María, y su influencia y valimiento para con Faraón, es imagen también del poder e intercesión de nuestro Santo Patriarca, para con el Rey de los Cielos y tierra.

Y en verdad. Cuando por todas partes nos acosan las tribulaciones y necesidades de esta vida, levantamos nuestras manos suplicantes al Cielo, en demanda del remedio que solicitamos, no parece sino que Dios nos dice como en otro tiempo Faraón a los Egipcios: *Id a José.* Y los hombres acuden solícitos a los pies del Santo Patriarca, atraídos por el amor y ternura que a todos inspira ese venerable anciano, Padre nutricio de Jesús, y Esposo purísimo de la sin par María.

¿Y qué es lo que nos inspira esa confianza en la protección de nuestro Santo? Sin duda el haber sido elegido por Dios, Señor y Jefe de su familia María y Jesús su Hijo. José es el guardián de ese divino tesoro, que Dios le ha confiado.

Es el dueño de Jesús, porque aunque no ha contribuído a la generación natural de Jesucristo atiende solícito a su subsistencia y hace en todo las veces de padre. Y el mismo Evangelio le llama Padre de Jesús, y a María su Madre.

Él es también el dueño de María. La supremacía y dignidad en el matrimonio radica en el esposo, y al padre están sujetos la madre y los hijos.

Por eso es tan grande San José, porque aunque tan humilde y tan pobre, a su voluntad están sometidos Jesús que es Dios y María que es la mujer más grande que han visto los cielos y la tierra.

Para comprender el poder de San José, sería necesario comprender

también el poder de Jesús y María, y como éste sea infinito, infinito ha de ser también el poder del Santo Patriarca.

No cabe suponer que Jesucristo haya destituído a San José su padre en el Cielo, de la autoridad que sobre Él tenía sobre la tierra y por lo tanto allí será el dueño de Jesús y de María, como lo era aquí en la tierra.

Acudamos pues a San José, con la confianza de que hemos de ser atendidos en nuestras necesidades.

¿Qué favor o gracia pedirá San José a Jesús o María que no sea favorablemente despachado?

Por esta razón en todo tiempo se ha tenido a San José una devoción tan grande, y tan arraigada, que la indiferencia propia de estos tiempos que corremos, nó la ha podido arrancar del corazón de los cristianos. Antes bien no parece sino que cada día va extendiéndose por todo el mundo esa devoción tan simpática, al castísimo esposo de María y al padre nutricio de Jesús.

Vayamos a José, pues constituído dispensador de los bienes eternos, Él nos concederá el remedio en nuestras necesidades, y el suave bálsamo en los dolores de la vida.

GUZMÁN

¿Quiere Vd. adquirir preciosos crucifijos para el pecho con su cadenita de plata muy baratos?

Los encontrará en el BAZAR DEL CATECISMO.

¡ALERTA!

(LEYENDA ORIENTAL)

... La noche en el desierto, avanza como absoluta dominadora; hay en el cielo un correr y descorrer de velos nebulosos que dejan, a intervalos, llegar hasta la tierra la tenue claridad de la luna en menguante; hay en la tierra un mar de infinitas arenas que se hunden muelles bajo las plantas de los que caminan; hay una inmensa soledad triste y abrumadora, para los que no tienen puesta su confianza en Dios.

Pero nuestros viajeros llevan a Dios consigo.

Lento es el caminar; largo y penoso es el camino; ¡cómo pruebas, Señor, a aquellos que te aman!

—¿Has oído, José?

—No oigo nada. Mis pies al hundirse en la arena no hacen ruído, tampoco las pisadas del asno en cabalgas portadora del Divino Tesoro, repican sobre lecho duro: no oigo nada.

Yo sí, José, percibo un rumor